

FRANCISCO LEGARRA

La muerte de Francisco Legarra ocurrida el 21 de Octubre de 1932 significó para la Facultad la desaparición de uno de sus viejos servidores. Formado en sus aulas, fué Director de la Escuela graduada "Joaquín V. González", a su acción tesonera e inteligente se debió el rápido prestigio alcanzado por esta Institución. Más tarde fué profesor de Práctica de la Enseñanza y Metodología cumpliendo con todo el fervor de un maestro auténtico la difícil tarea de adiestrar a los que se inician en el arte de enseñar.

El Decano de la Facultad profesor José Rezzano habló en el momento de sepultarse sus restos. La Asociación de maestros de la Provincia colocó una placa en su tumba y en esa oportunidad el doctor Alfredo D. Calcagno en representación de la Facultad pronunció el siguiente discurso:

Después del de sus discípulos, ningún homenaje podía ser más grato al espíritu de Legarra que el que hoy le tributa la gratitud de los maestros. Es que él, maestro casi diría por predestinación, puso toda su capacidad al servicio del magisterio, se afanó denodadamente por su mejoramiento, luchó con aquella energía suya, tesonera y valiente, en pro de sus derechos, y el desinterés con que bregaba, su entusiasmo contagioso, su elocuencia comunicativa, su integridad moral — hecha de virtud callada, de probidad intachable, de rectitud sin alardes — captaban las voluntades y atraían los mejores aliados.

Será inútil buscar entre los hombres de su generación otro que haya realizado una obra de dignificación de la carrera docente comparable a la suya. Parte de ella conocen los maestros, pero es mayor todavía la que se ignora. Los que le hemos visto hora tras hora, durante años y años, en congresos, en asambleas, en comisiones, en la prensa, en la Confederación nacional del magisterio, en la Liga nacional de educación que él mismo fundara, en la gestión privada ante los poderes públicos, como presidente de la Asociación de maestros de la Provincia o como consejero general de educación, luchar por ellos ¡y tantas veces a pesar de ellos! en campañas memorables, elaborando proyectos legislativos sobre materia escolar, sugiriendo medidas, proponiendo reformas, entregando iniciativas, corrigiendo errores, evitando injusticias, tomando como propio el pleito de todos, admirábamos en él, al par que su versación y dinamismo, su abnegación sin límites y su enorme corazón.

Si se me pidiese una definición de la personalidad de Legarra, me bastaría una palabra para retratarle de cuerpo entero: Legarra fué un filántropo;

filántropo en la más pura acepción del término. Amaba a sus semejantes, y en especial a los desvalidos, a los enfermos y a los desamparados, con una devoción que enternecía y se trasuntaba, al tratarlos, en las inflexiones de su voz y en la cordial simpatía de su sonrisa.

Donde había una tarea que exigiese todos los sacrificios y ninguna compensación, una obra de protección o de asistencia social en trance de desbaratarse por incuria o incapacidad, una misión altruista y de responsabilidad que cumplir, una arriesgada comisión honoraria que desempeñar, se recurría a Legarra. Después de cada campaña retraíase humildemente en su hogar; pero no tardaban en ir a sacarle de su retiro para una nueva empresa.

Como defensor general de menores de la Provincia, como presidente de la Liga popular contra la tuberculosis, como comisionado del gobierno en la comuna de Miramar, como presidente de la Comisión provincial del patronato de menores y en cualquiera de las múltiples comisiones, siempre honorarias, que le encomendaron, su obra, fervorosamente cumplida, fué, ante todo, la de un filántropo.

Nadie podrá ocuparse, en nuestro país al menos, del problema desolador de la niñez desamparada, sin recurrir como antecedente, como orientación y como norma a la solución que él propusiera e hiciera efectiva en el prodigioso hogar de redención que fué en sus manos el Patronato de menores de la Provincia. En vano lo bautizarán con otro nombre; el de Francisco Legarra ha quedado para siempre vinculado a esa institución. Lástima que él no escribiera el libro que tanto le reclamamos sobre ese nuevo tipo de hogar-escuela-taller-granja, que él había concebido, planeado y realizado con el apoyo de un grupo de colaboradores que tuvieron el tino de dejarle hacer y de estimular y sostener sus iniciativas. Habríase logrado así la conservación y difusión de un ensayo mucho más significativo que tantos otros que andan agitando la opinión y los medios educacionales. Sólo él podía escribirlo; pero temía que se interpretara como dictado por la vanidad lo que había de ser una ceñida exposición doctrinaria y una reseña objetiva de la experiencia realizada. Como recompensa final por esa acción extraordinaria, que prestigiaba al país y que hubiera bastado para popularizar su nombre, sólo amarguras tuvo y el más irritante desagradecimiento de los poderes públicos.

Cuando, en su presencia, comentábamos con Hipólito Zapata, su amigo fraternal, estas y otras ingratitudes que con él tuvieron hombres e instituciones, concluía invariablemente por decir, sin que le aprovechara la experiencia: "¡Y qué vamos a hacer! ¡Yo he nacido para ser madre!" Es que lo movía en su actuación una incoercible vocación de sacrificio, que no puede comprender quien no la siente, pero cuyos efectos se perciben como una bendición. Lo intuían perfectamente las almitas ansiosas de ternura de los niños del Patronato, cuyas vidas ennobleció con amoroso celo; lo sentían hasta los enfermos de la Liga contra la tuberculosis, cuyos servicios reorganizó combatiendo la inhumana prevención de las gentes contra las víctimas de ese mal tremendo; lo comprendieron sus maestros, cuando jugó su porvenir por defenderlos, perdiendo la partida, pero salvando airoosamente su honor; más, sobre todo, lo sabían sus alumnos, y en primer término

sus ex-alumnos de la Escuela Graduada Anexa que, hombres ya — ingenieros, astrónomos, químicos, abogados, industriales, médicos, poetas, legisladores —, convocábase año tras año para rendirle, en ágape ritual, cuenta de sus vidas, como un homenaje filial al maestro que supo descubrir en cada uno de ellos la orientación de su destino y despertar en sus espíritus un ansia de superación; así lo sintieron también sus alumnas de la Escuela normal y del Liceo de señoritas que en un impulso incontenible, en la hora amarga de sus exequias, no sabiendo en qué otra forma traducir en ese instante su cariño, nos arrebataron el féretro y, doblegadas por el lianto, lo trajeron hasta aquí con sus débiles brazos de adolescentes.

Su obra de educador se desenvuelve paralelamente a su obra de filántropo: al fin aquella no es sino una de las formas de exteriorizarse, en ciertas almas elegidas, el amor por sus semejantes.

Legarra veía el hombre que estaba en potencia en cada niño: la mujer que habría de surgir como una mariposa de la forma infantil. De ahí su respeto por la personalidad del alumno y el inmenso cariño, la bondad inaudita, el optimismo arrollador que ponía en formarlos, en hacerlos encontrarse a sí mismos, en darles oportunidad de expandirse, de ensayar vuelo, de cobrar altura.

De lo que hizo en la Escuela graduada "Joaquín V. González", infiltrándole su espíritu, prestigiándola y convirtiéndola en la escuela ejemplar de La Plata, algo, muy poco al fin, se encuentra registrado en la revista que él fundara: "La educación moderna". Para el que convivió sus horas fecundas en la Escuela, falta allí, claro está, el ritmo vital que la animaba, como en esas bellas láminas escolares de un huevo en los primeros días de su incubación falta el latido con que palpita el germen, que dice el prodigio de la vida que alienta. Ya ha expresado aquí mismo el profesor Rascio, en nombre de sus colaboradores y sucesores, de qué magnitud era la herencia que de sus manos recibieron.

Su actuación en esa Escuela, en el Colegio nacional, en el Liceo de señoritas y en la Facultad de humanidades y ciencias de la educación, fué juzgada oportunamente en cálidos conceptos por sus alumnos y colegas y por el presidente de la Universidad doctor Levene, que trajo aquí, con su presencia, el homenaje de nuestra alta casa de estudios.

De la que le cupo desenvolver en la Escuela normal, sus directores y discípulos encarecieron la trascendencia y el Ministerio de justicia e instrucción pública, al hacerse representar en el acto de la inhumación de sus restos por uno de sus inspectores, que había sido su alumno, patentizó el alto concepto en que se tenía la actuación docente del profesor Legarra.

Lo dijo aquí, con el alma atribulada como en la despedida de un hijo, Don Víctor Mercante, al señalar como un ejemplo la trayectoria de la vida de su discípulo, cuya actuación había seguido con el santo orgullo de quien ve florecer la propia obra.

Y lo expresó elocuentemente el doctor Rezzano, Decano de la Facultad, que le había visto actuar durante años fuera de la casa y pudo apreciar luego la significación de su labor dentro de ella.

Legarra era hijo de nuestra Facultad, a la que debía su formación

mental: allí tuvieron arranque su cultura filosófica y su preparación científica, acendradas en largas viglias. Su competencia didáctica ya la traía desde la Normal de Mercedes y aquí la perfeccionó bajo la dirección del pedagogo eminente que había sido allá su iniciador.

Como un premio a sus merecimientos, reconociendo su talento e ilustración y honrándose al honrarle, la Facultad de humanidades y ciencias de la educación había designado a Legarra su Profesor extraordinario. Y quiere nuevamente, al adherir por mi intermedio a este homenaje, expresar cuánto debe a su acción inteligente y a su consagración de catedrático la formación profesional de sus egresados, qué lección viviente de dignidad y de hombría de bien era él para sus alumnos y cuánto esperaba todavía de su madurez intelectual, para bien de la patria.

Unimos en nuestra evocación, junto a Legarra, a la dama virtuosa que fué su compañera y tuvo tan grande influencia en su vida. Ella comparte merecidamente este homenaje, por la fe que tuvo en su esposo, alentándole, sosteniéndole e iluminando sus días tristes con la diafanidad de su dulce sonrisa.

No he de terminar sin un recuerdo cariñoso de la madrecita, quebrada por la pera, que veía en su Francisco un don providencial. Vano sería pretender consolarla, pero que sepa al menos que la memoria de su hijo perdura en el corazón de sus amigos, de sus maestros y de sus discípulos, venerada como una reliquia.

El 11 de setiembre del corriente año con motivo de celebrarse el día del maestro se colocó una placa de bronce recordatoria en la Escuela Graduada "Joaquín V. González", haciendo uso de la palabra el Decano de la Facultad y el Director de la Escuela Profesor Don Vicente Rascio.